



y que de la cuna al sepulcro conserva indeleble toda la vida, es el sentimiento del deber.

El amor á sus padres es para el niño el primero de todos los deberes; debe amarlo ántes de conocer á Dios; así amó Colon á los suyos. Más adelante, cuando ya fué hombre, hizo cuantos esfuerzos son imaginables con el fin de aliviar su pobreza; aseguró su vejez ántes de arriesgar su vida en la primera expedición; envió al venerable Domingo las primicias de su bienestar; cuando el Señor lo llamó á sí, conservó piadosamente su memoria, unida á la de su honrada madre, que lo enseñó á amar y servir á Dios; impuso el nombre de su padre á la capital de la Española, y como ni el tiempo resfrió su amor filial, ni la edad, ni los azares, ni los trabajos, ni los cuidados de la paternidad lo disminuyeron, á los setenta años de edad dió una prueba de ello fundando misas para ser aplicadas en sufragio de las almas de los que le dieron la vida.

No profesaba el almirante ménos cariño á sus hermanos, y éstos le correspondían con amor, respeto y lealtad. Al recomendar á su primogénito que fuese bueno para su hermano menor don Fernando, sujeto dotado de las mejores cualidades, le decía: «Diez hermanos no serían mucho para tí; yo de mí sé decir que jamás he tenido mejores amigos á derecha é izquierda que mis hermanos» (1). Pero tampoco hubo un hermano más previsor ni más agradecido que lo fué Colon con los suyos, porque su solicitud por ellos se advierte hasta en sus relaciones oficiales con los reyes: al instituir el mayorazgo cuidó de asegurarles su porvenir, dando disposiciones que tal vez no tengan ejemplo, así como tampoco los olvidó al redactar su testamento, en el cual nombró primer albacea á don Bartolomé. Demas está decir cuánto encomendó á sus hijos que fuesen respetuosos y adictos á ellos.

El sacrificio de las afecciones de su corazón, que hizo el almirante á la causa de la Iglesia, nos impide juzgarlo como esposo. Su vida conyugal fué una perpétua privación de felicidad doméstica, porque del matrimonio, en cambio de los cuidados y afanes que ocasiona, apenas si disfrutó de las dulces compensaciones y del reposo de la familia. Pero ¿cómo dudar que fuese un buen esposo cuando se mostró tan buen padre?

El hombre cuya juventud maduró, luchando con los elementos en el Mediterráneo, tenía para su hijo mayor don Diego entrañas verdaderamente maternales, y lo trataba con el cariño que doña Felipa le hubiera tenido. No ménos predilección le merecía don Fernando, como se advierte en la complacencia con que hablaba de él á SS. AA. y en la eficacia con que lo recomendaba á su hermano mayor.

Esta buena voluntad de Colon para cuantos componían su familia se hacia extensiva á las demas personas que lo rodeaban. La igualdad y constancia de su carácter, su mansedumbre, su dulzura, su recta justicia, el dominio que tenía sobre sí mismo para reprimir sus impacencias, el modo paternal con que trataba á su servidumbre le granjeó el afecto de cuantos comieron su pan. Solamente uno fué ingrato, y bueno será decirlo; éste ni era soldado, ni marinero, ni noble, sino un legista intruso, el alcalde mayor Roldan, quien, sin embargo, pareció al fin reconocer su falta y mal proceder con su bienhechor. Por lo tocante á los demas familiares y comensales suyos, todos conservaron una especie de culto por su buena memoria.

Muchos han hecho laboriosos esfuerzos para investigar la causa que determinó á Colon á descubrir un continente desconocido, pensando algunos que tenía conocimientos matemáticos superiores á los de su siglo, que él fué quien usó primero del astrolabio y cuadrante, atribuyendo otros á los versos casi sibilinos de una tragedia de Séneca intitulada *Medea* (1), grande influencia de su ánimo, y también á determinados autores de la antigüedad.

(1) Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque novos
Detergat orbis, nec si terris
Ultima Thule....

Medea, acto II, v. 371.

(1) *Cartas del almirante á D. Diego*, carta del 1.º de Diciembre de 1504.



Pero estas suposiciones, con las cuales se han conformado todos hasta hoy, no pueden resistir á la discusión. Porque, en primer lugar, los instrumentos náuticos conocidos por Colon eran familiares á todos los marinos de su tiempo, y mucho ántes de que él naciese, estaba en uso corriente la brújula, el astrolabio y el sextante. No ménos inexacta es la suposición de sus grandes conocimientos matemáticos; Humboldt lo acusa de impericia y de haber hecho malas observaciones estando próximo á las Azores, y halla que «no se había familiarizado, como la mayor parte de los marinos de nuestros dias, sino con la práctica de los métodos de observaciones, sin estudiar suficientemente las bases sobre las cuales descansan» (1). No se debe, pues, atribuir á las matemáticas la idea y la enérgica voluntad de Colon, sino á otra causa que él mismo confiesa con singular naturalidad y sencillez.

Mucha importancia se ha querido también dar á los versos de la *Medea* en razon á encontrarse éstos copiados por dos veces de mano del almirante, á pesar de que nada prueba que ejerciesen el menor influjo en su ánimo. Antes, el papel en que los escribió y dijo algo sobre ellos dá testimonio de lo contrario, porque estos versos, en los cuales nadie había fijado la atención sino despues del descubrimiento, se hallan en el borrador del *Libro de las Profecias*, y de consiguiente, trascritos allí con posterioridad, no sólo al primer viaje sino al cuarto, esto es, cuando estuvo en la Jamáica con sus carabelas varadas. Tampoco podían tener los versos de la *Medea* ningun sentido ántes de la empresa de Colon; ésta se lo dió maravilloso; si no ninguno hubiera hecho alto en ellos (2). En el mismo error se incurriría atribuyendo una acción determinante á fragmentos de autores, que otros, como Colon, pudieron haber compulsado.

(1) Humboldt, *Examen critique*, etc., t. III, página 20.

(2) En la notable publicación titulada: *Les voyageurs anciens et modernes*, Mr. E. Charton, ha distinguido con mucha sagacidad que los versos citados no tuvieron la influencia que se dice en el ánimo de Colon, y que, ántes que él, ninguno los tuvo en mucha cuenta. *Voyageurs anciens et modernes*, t. III, página 85.

Ciertas ideas de Eratóstenes y Posidonio, mencionadas por Estrabon, las palabras del de *Timeo* Platon sobre la Atlántida, algunas ideas cosmográficas de Aristóteles acerca de la forma y corta extensión de la tierra, varias noticias geográficas de los árabes, la obra de Alberto Magno, titulada: *Liber cosmographicus*, la de Roger Bacon (*Opus majus*) así como la del cardenal Pedro de Ailly (*Imago Mundi*) fueron conocidas y examinadas, y sin embargo, no pudieron convencer tantas autoridades, ni traer á ninguno al partido de Colon; y cuando en la junta de Salamanca tuvo quien lo apoyase, no fué por cierto un cosmógrafo su abogado, sino un teólogo, el fraile dominico Deza.

Por otra parte, la ciencia sólo hubiera servido, en aquel entonces, para extraviar á Colon, porque carecía de antecedentes positivos y seguros, oponía conjeturas á conjeturas, sin que la autoridad de la experiencia pudiese poner fin al debate, discordaba en lo tocante á la forma y extensión de la tierra, y el único dato en el cual se pudiese apoyar Colon, relativamente á la extensión de la masa acuosa del globo, era un error manifiesto, y todo lo contrario de cuanto las observaciones posteriores nos demuestran.

Mientras que unos creían en los antípodas, otros los negaban; pero de tal modo que, áun despues de la muerte de Colon, todavía muchos sabios impugnaban esa creencia, y áun se burlaban de ella, como dice Herrera en su *Historia de las Indias* (1), añadiendo que, los pretendidos esclarecimientos que algunos piensan encontrar en determinados pasajes de los antiguos, acerca de la existencia de tierras desconocidas eran demasiado inciertos y oscuros y casi fuera del alcance humano, ántes de que el descubrimiento les hubiese dado la claridad y el sentido que despues se les atribuye.

Del propio modo las disertaciones de los biógrafos encaminadas á esclarecer el origen del proyecto que tuvo Colon de descubrir la otra mitad del globo nos parecen insuficientes, des-

(1) Década I, lib. I, cap. III.



provistas de autoridad é incapaces de convencer. ¿En qué se fundan? ¿A qué conducen esas investigaciones que sólo prueban erudición y que tanto se apartan de la verdad? ¿Quién mejor que el virey podrá decirnos el origen de su inspiración? Oigámoslo, pues. Esa idea sublime no se la sugirió ni la meditación, ni las matemáticas, ni las esferas, sino que brotó en su imaginación espontáneamente: «Nuestro Señor, con mano palpable, le abrió el entendimiento, dándole á conocer que era hacedero navegar de Oriente á Occidente» (1). Esta idea, que primero se le mostraba como un punto luminoso, fué poco á poco adquiriendo, merced al influjo de una profunda meditación, mayores proporciones y perfecta lucidez; en su apoyo vino la lectura de los autores antiguos, y entónces halló Colon en ellos lo que el comun de los hombres no habia podido vislumbrar; pero sería una quimera pretender que á esto sólo debió aquella inquebrantable convicción que supo resistir á diez y ocho años de dudas, de repulsas y hasta de burlas y desprecios.

Colon ni fué cosmógrafo, ni astrónomo, ni geógrafo, ni físico, ni botánico, ni jamás perteneció á ninguna comision científica, ni académica, y sin embargo, la penetrante sagacidad de sus observaciones le permitió alcanzar las grandes verdades cosmográficas, y ocupar un puesto en la historia del progreso de las ciencias, del que nadie podrá desposeerlo. En nuestros dias, el sabio universal Humboldt, á quien sus admiradores han apellidado «Aristóteles moderno,» no puede ménos de admirarlo, á su vez, al verlo «conservar en medio de tantos cuidados materiales y minuciosos, que resfrían el alma y empequeñecen el corazón, un amor profundo y poético por la majestad de la naturaleza.» «Lo que caracteriza á Colon, prosigue, es la extraordinaria penetración con que se apoderaba de los fenómenos del mundo exterior, por cuya circunstancia bien puede asegurarse que fué tan notable como intrépido navegante. ¿Por qué bajo un nuevo cielo y en un nuevo mundo, ni la configuración de las tierras, ni el aspecto de los vegetales, ni las cos-

(1) Cristóbal Colon, *Libro de las profecías*, fol. IV.

tumbres de los animales, ni la distribución del calor, segun la influencia de la longitud, ni las corrientes pelágicas, ni las variaciones del magnetismo terrestre, nada se ocultán á su sagacidad!... No se limita á recoger hechos aislados, sino que los combina y busca la relación que tienen entre sí, elevándose, á veces, con atrevido vuelo para descubrir las leyes generales que rigen el mundo físico» (1). Falto, como se hallaba, de los instrumentos y del auxilio de la moderna experiencia, no se contenía por eso: las influencias atmosféricas, la dirección de las corrientes, las plantas marinas, la diversa densidad de las aguas, el principio de las divisiones climatéricas, su relación con la diferencia de los meridianos, todos los secretos, entónces imponentes y graves, eran objeto de sus afanes. A su contemplación y estudio de los fenómenos del mundo exterior somos deudores de una serie de grandes é incomparables descubrimientos científicos. No expondremos aquí por falta de lugar sus juicios atrevidos sobre todos, concretándonos únicamente á enumerar los principales, que son siete, á saber:

- 1.º La influencia que ejerce la longitud en la declinación de la aguja imantada.
- 2.º La inflexión que experimentan las líneas isotermas siguiendo el trazado de las curvas, desde las costas occidentales de Europa hasta las orientales del Nuevo Mundo.
- 3.º La situación del banco de fuco flotante en el Océano Atlántico, donde se acogen, se preparan y se forman los peces destinados á servirnos de alimento.
- 4.º La dirección general de la corriente de los mares tropicales.
- 5.º Las causas geológicas de la configuración del archipiélago de las Antillas.
- 6.º La mayor elevación del ecuador, que implica el aplanamiento de los polos.
- 7.º El equilibrio continental del globo, que ni aún se suponía.

Así, pues, además del descubrimiento del Nuevo Mundo, debe la humanidad á Cristóbal Colon estos siete, de los cuales el menor hubie-

(1) Humboldt, *Examen critique*, etc., t. III, p. 16, 20 y 25.



ra bastado para ilustrar una academia. Ninguna parte, como ya hemos dicho, tuvo la ciencia en estas conquistas, sino que fueron la recompensa merecida de la constancia y de la observación. Pero si la ciencia para nada intervino en ella, como lo afirman todos los sabios con Humboldt, ¿quién le reveló unos secretos que hasta entónces habian escapado á las investigaciones humanas? Colon no hizo ningun descubrimiento encerrado en el estudio ó en el laboratorio, sino sobre el terreno, instantáneamente, allí mismo donde hacia la observación. Á falta de estudios físicos, ponía tanto empeño en sus investigaciones; le animaba un deseo tan vivo de penetrar los misterios de la naturaleza; le auxiliaba tanto la fe para comprender las leyes del Creador y la relación de éstas con la unidad cósmica de nuestro planeta; era tan perfecto contemplador del Verbo; suplicaba á Dios tan humilde y fervorosamente que lo auxiliase y condujese, que su imaginación, estimulada con el deseo y la curiosidad, y fortalecida con el estudio y la práctica de las cosas divinas, alcanzaba más, y más exactamente que hubiera podido hacerlo sin otro auxilio que el de la ciencia.

Ningun hombre amó la naturaleza con amor más vehemente y perfecto. La tranquila limpidez del cielo no es comparable á la pura delectación de su ánimo cuando se esforzaba en arrancar algun secreto á la creación; santo é inefable placer que sólo puede sentir un alma verdaderamente religiosa. Las tintas de la atmósfera y de la mar, las refracciones luminosas, las escamas de los peces, las hojas de los árboles, la forma de las plantas desconocidas, el plumaje de las aves, la ramificación de los vegetales acuáticos, el perfume y temperatura de los bosques, los acentos melódicos del ruiseñor de los trópicos, las emanaciones del mar, el melancólico acento del grillo, el canto monótono de las ranas, la intensidad del aire, las graves salmodias del Atlántico, ora el silencio de las llanuras, ora el mugido del Océano, todo es para Colon asunto digno de estudio, y todo es considerado y medido en su alma como partes armoniosas de un conjunto divino.

En ningun viajero ni poeta se advierte un

amor más verdadero y candoroso de las obras de Dios que en el almirante. Distinguese además de los poetas y naturalistas en que manifiesta la observación del naturalista, sin dejar de ser poeta, y la dulzura del poeta unida á la sagacidad del naturalista; el éxtasis que le produce la impresión de tantas novedades tan bellas no es parte para impedirle sus observaciones de cosmógrafo, y así, miéntras se deleita con los perfumes y las armonías del Nuevo Mundo, su imaginación busca con afán la manera de resolver los problemas capitales que se desprenden de su conquista colosal.

Amaba Colon más principalmente á la naturaleza á causa del Creador, y sin cesar veía al divino arquitecto reflejándose en sus obras inmortales. De esta manera, en vez de disminuir con los años su afición á la naturaleza, aumentaba como la verdadera amistad, y se hacia más íntima é inseparable de sus exploraciones. Del propio modo acrecentaba su agradecimiento al soberano Señor, pudiendo decirse que cuanto más conocia la creación, más amaba al Creador y más deseaba servirlo, y que su ingenio, remontándose en alas de la fe, consideraba á la humanidad predestinada á fines inmortales y se habituaba á la bondad de Dios. En su entusiasmo no se advierte la duda más leve, y sus creencias son firmes, completas, absolutas, porque une las cosas visibles á su principio invisible, siguiendo la doctrina católica, única verdadera filosofía. Si en sus primeras exploraciones, por apoyarse demasiado tal vez en la ciencia cometió algun error, cayó en alguna duda, la experiencia y la observación lo disiparon; si en un principio para combatir la opinión de que consideraban á la tierra llana y extendida hasta lo infinito, dijo, comparando nuestro planeta á las demás creaciones de Dios: «Este mundo no es tan grande como lo piensa el vulgo; digo que este mundo es poca cosa,» es porque tenia en tan poco lo descubierto, relativamente á lo que podría descubrir, que lo estimaba en la centésima parte de lo que aún quedaba por explorar.

Las pruebas escritas que han llegado hasta nosotros del superior ingenio de Colon, no son, por desgracia, muy extensas, porque sólo for-



man una parte pequeña de lo que redactó. De su numerosa correspondencia con la reina, el protonotario apostólico Pedro Mártir y otros muchos personajes y religiosos notables sólo nos quedan diez y seis cartas, á ménos que se dé este nombre á los fragmentos epistolares que hay esparcidos en varios documentos. La historia de sus cuatro expediciones, redactada por el sumo pontífice en la forma de los *Comentarios* de J. César, se ha perdido, corriendo la misma suerte la relación de su segundo viaje á los Reyes Católicos. Sus notas, sus cartas geográficas, que el cura de los Palacios, Las Casas y D. Fernando tuvieron á la vista han desaparecido; las observaciones que redactó, después de rendido su tercer viaje, referentes á la cosmografía y la historia natural, que le fueron arrebatadas con todos sus papeles por Bobadilla el 26 de Agosto de 1500, cuando el comendador allanó su casa, jamás se le restituyeron, pues parece que hallándose en la nave capitana (1) que pereció durante la tempestad desaparecieron con ella; absolutamente se ignora lo que ha sido del libro de *Las Profecías* que Colon dió á la reina, y no tenemos de él sino el borrador, y ése mutilado por una mano criminal. Sin embargo de esto, y con el solo auxilio de los escritos del almirante que han podido salvarse del naufragio del olvido, emitiremos nuestra opinión acerca de su mérito é importancia literaria.

En primer lugar, lo que caracteriza el estilo de Colon es la espontaneidad, el laconismo, la energía, la falta completa de arreglo y de método expositivo; en sus escritos afluyen las ideas con abundancia, se siente el impulso simultáneo de los pensamientos, y se nota que quisiera decirlo todo de una vez; de aquí proviene que en algunos pasajes sea un tanto difuso y oscuro en apariencia, sin que por eso deje de ser elevado, profundo y sintético á la manera de San Pablo. En su estilo como en sus costumbres, es sobrio, y va siempre sin ambages ni rodeos, prefiriendo el camino más corto;

(1) El almirante se quejaba de no haber podido recuperar nunca aquellos papeles de que «como un pirata» se apoderó Bobadilla.

y es tan grande su descuido, que hasta las relaciones que dirigía á los reyes llevan impreso el sello de la improvisación. Nunca redactó como almirante un parte con reposo y tranquilidad, y al leerlos, diríase que los dictaban varios hombres, porque hablaba al mismo tiempo como marino, misionero y naturalista. Sin embargo, cuando se dirigía á SS. AA. bajo el solo concepto de jefe del gobierno colonial, se manifestaba metódico, lacónico, instructivo y admirable. Esa relación íntima que existe entre el estilo y el carácter del hombre, se advierte de una manera palpable en los escritos del almirante. Colon reasume, ó pasa en silencio sus más íntimas emociones, pero no intenta siquiera describir lo que es indescriptible. Como un hombre colocado en medio de la inmensidad del Océano, se siente sobrecogido de su grandeza y sin fuerzas para describir aquello que lo rodea, que ve y que toca, así Colon, que descendía á ocuparse hasta del canto de los grillos y del perfume de las plantas, se abstiene de trasladar al papel las sensaciones de su alma, en la cual se reflejaba la majestad de las grandes obras del Creador. Sólo durante su postrera expedición hizo descripciones, y brotó en ellas la poesía, como la fosforescencia de las olas, al trazar con mano maestra el cuadro de tempestades no conocidas en Europa, y su lucha contra los elementos. Puede muy bien decirse que en estos casos es un modelo del género descriptivo y terrible, á pesar de que, por naturaleza, es conciso y breve, como lo es siempre el genio, y de que las palabras sólo le sirven para vestir ideas y pensamientos de un vigor extraordinario, pero que no tienen por sí mismas ningún mérito. No se hallará, pues, en él un estilo limado y elegante, sino natural, grande como el Océano, y como él, obedeciendo á una fuerza secreta. Compréndese que este hombre ha vivido ante los ojos de Dios, y que sus facultades se han desarrollado en medio de la más grande manifestación divina de lo infinito que sea perceptible á nuestros sentidos: ¡el mar! El mar, uno en todo el globo, y, sin embargo, tan diverso en su inmutable unidad; el mar, ante el cual se absorbe el hombre en la contemplación, que hace enmudecer al poeta,



palidecer al filósofo y temblar al despreocupado, fecundizó el genio de Colon, y trasformó, bajo el sol brillante de los trópicos, su audacia en reflexión; y de sus convicciones, inspiradas por el Verbo divino, dimanó aquella energía que ni la fuerza del tiempo ni la debilidad de los hombres pudieron hacer vacilar.

Un contemplador del catolicismo, no ha podido por ménos que admirarse al descubrir en Colon inesperadas dotes de escritor, y dice: «*El Diario* del almirante tiene, en su laconismo, no sé qué de misterioso, de sublime y de religioso como el grande Océano, en medio del cual se fué redactando» (1). Después de alabar lo en algunas cosas, Mr. de Humboldt, para no apartarse de su sistema de humillarlo, critica su estilo y la medida de sus versos; pero á esta infundada opinión oponeremos el peso de la más competente é incontestable autoridad contemporánea en materia de gusto y sana literatura. Hé aquí las palabras de Mr. de Villemain: «No vacilo en decir que este extranjero, que no aprendió la lengua española sino ya entrado en años, cuando pretendía regalar á la Península el Nuevo Mundo, fué, en su siglo, el hombre más elocuente de España. Consistía esto en la grandeza de sus pensamientos que le hacían expresarse con palabras sublimes, y principalmente en su entusiasmo. *Spiritus Dei ferebatur super aquas*. Las formas exteriores del arte, los períodos rotundos y bien contruidos abundaban en las crónicas españolas; pero con él tuvo principio lo sublime y sencillo al mismo tiempo en la grandeza» (2).

Como su genio, parece elevarse el estilo de Colon con los años, porque su escrito más notable es de poco tiempo anterior á la época de su fallecimiento, y en él se advierte, sin embargo, el fuego de la poesía y de la juventud, y la constante virilidad del alma, libertándose de las leyes del tiempo y de la influencia de la vejez. El ardor de la piedad, la lozanía de la inspiración se revelan todavía al fin de su cuar-

(1) Edgard Quinet, *Discours prononcé au Collège de France*, en 1843.

(2) Villemain, *Tableau de la littérature au moyen âge*, t. II, p. 392.

to viaje, durante la desastrosa campaña de 1503. Libertado milagrosamente de un naufragio, al parecer inevitable, con su nave destruzada, casi zozobrando, forzado á buscar á todo trance un puerto, en lucha con el hambre y los ataques de la gota, lejos de ceder al abatimiento general solemnizó, lleno de tranquilidad, con la Iglesia católica, la fiesta de San Juan Bautista, y durante los ayunos y abstinencias á que tuvo que someterse por la falta de víveres, celebró en verso el nacimiento del bienaventurado precursor del Mesías. Esta inspiración es, sin duda, el único ejemplo de composición literaria que haya tenido lugar en semejantes circunstancias.

¡Qué idea no da de la tranquilidad de espíritu y de la piedad de Colon ese pacífico canto del alma cristiana, dominando los dolores de la carne, y no pensando sino en participar, á tan remota distancia, del regocijo de la Iglesia católica en semejante día, y en celebrar el natalicio del bienaventurado San Juan, que se estremeció en las entrañas de su madre á la voz de la Virgen, en cuyo seno iba el Salvador del mundo! Las circunstancias de tiempo y lugar no son ménos edificantes que el asunto de la inspiración, así que el tierno interés que infunde aumenta el encanto de su ingenuidad.

Si Colon se hubiese concretado á descubrir tierras, se podría, al mismo tiempo que reconocer la grandeza de su genio, considerarlo únicamente como marino cosmógrafo; pero sus viajes están ligados de una manera tal á su vida privada, á su fe, y su carácter apostólico domina de tal modo sus actos oficiales, que sería injusto pretender juzgarlo, haciendo abstracción del sentimiento religioso, principio y fin de su vida pública. Tal vez causará extrañeza que, después de haber puesto de relieve sus excelentes cualidades, no hayamos investigado con la severa probidad que requiere la historia, la parte flaca de su carácter para oponerla á sus virtudes; pero en vano hemos auscultado su corazón, en vano hemos examinado bajo todos aspectos, porque no hemos podido descubrir de él una falta voluntaria, ni un error, ni una flaqueza. Tampoco nos ha causado la más leve sorpresa esta falta absoluta de